

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

ASPECTOS ESPAÑOLES

En el rojizo anochecer de una tarde de Junio, hemos presenciado uno de esos hechos, que pasan todos los días entre la indiferencia de la gente y que son, sin embargo, reveladores de un hondo problema social.

Bajábamos hacia Rosales, en la jardinera de un tranvía, buscando aire para los pulmones y reposo para el espíritu fatigado. El tranvía es, además de un vehículo relativamente cómodo, un sitio siempre propicio a la observación. ¡Cuántas de esas pequeñeces, que parecen insustanciales y son sin embargo toda nuestra vida, hemos aprendido en este democrático armatoste!

En esta tarde de que hablamos, hemos visto un obrero joven, como de veinte años escasos, con un libro bajo el brazo. Es un libro en rústica, que tiene en la cubierta, en un óvalo, el retrato de un hombre de inmensa barba gris y facciones grandes y abultadas.

El hombre es Carlos Marx; el libro es El Capital.

Repetimos los hechos: el lector es un obrerito joven, con la blusa blanca que nos lo presenta como un albañil probablemente; el libro es El Capital, ese engendro terrible y cándido al mismo tiempo, que se ha llamado la Biblia socialista; el autor es Carlos Marx, el primer hombre que dirige una proclama a todos los proletarios del mundo, en aquél célebre manifiesto comunista, que firma con su compañero Federico Engels, antes de la revolución francesa, del 48 el amigo de Blanc y Prohodon, el hombre a quien dijo Bakunin que era un tirano del proletariado.

¿Comprendeis la importancia de este hecho, que pasa todos los días ante la indiferencia de la gente, medrosa ante el fantasma rojo del sindicalismo?

El obrero que va a leer este libro es un hombre de pasiones pujantes, porque tiene veinte años; tiene latente en su espíritu el instinto de la rebeldía, porque es un obrero de la post-guerra; carece de una educación intelectual rígida, que le capacite para leerlo todo, porque es un hijo de trabajadores españoles.

Con esta preparación, va a leer la crítica de la economía política, escrita por un alemán, que vivió en Francia los días turbulentos anteriores a la revolución de los talleres nacionales, y que respiró en Inglaterra el desarrollo enorme del capitalismo y del espíritu de empresa.

¿Como va a comprender este obrero albañil—no es ni siquiera un tipógrafo—aquél cándido principio de la

unidad capitalista, forjado en la concepción materialista de la historia? ¿Como va a hacer latir las sienas y el corazón de este hombre, aquella profecía del *crak* capitalista, en virtud del falso principio de que hemos hecho mención? ¿Cuales odios no despertarán en su corazón aquella teoría, tan cierta, de la plus valía?

* * *

Así, como en este caso concreto, se forja la instrucción de nuestro proletariado. Se salta, rápidamente, desde las primeras letras hasta estas concepciones atrevidas y sombrías, en las que se ofuscan inteligencias diestras y cultivadas y se tuercen voluntades templadas en la meditación.

Se engendra así—en la indigesta lectura y en la incomprensión de los discursos—el odio de clases, que no busca un fundamento razonable en el cerebro, sino una fuente en la venganza y un acicate en la imitación.

Se desentierran treinta siglos de injusticia y de privilegio, no para sacar una provechosa lección de experiencia, que nos enseñe una mas justa organización social y haga mas fácil y mas afectuosa la necesaria convivencia social, sino para recoger la herencia de latigazos y opresiones y lanzarla contra los opresores con un gesto vindicativo de amenaza.

Así el odio de clases, que imposibilita por completo la eficacia constructora de las nuevas doctrinas.

Se afirman de esta manera los hombres que han de hacer las terribles revoluciones inconscientes, que no ponen tasa a la sangre ni a la venganza. En cambio no se acierta a comprender la fiesta del 1 de Mayo que estableció Rus-Riu, ni la trayectoria espiritual de este hombre, que pasa del cultivo de la Estética al de la Sociología y de esta a la Pedagogía, por una necesaria derivación.

Y, mientras todo esto pasa, los gobernantes atienden a reprimir motines episódicos, sin preocuparse para nada de dar al pueblo una educación integral comprensiva de algo más que al alfabeto y las cuatro reglas de Aritmética.

Y eso, que hemos aprendido a mucha costa que es más peligroso que un pueblo analfabeto este otro semi-analfabeto, que sabe leer palabras pero no puede comprender juicios.

ALBERTO GARCÍA LÓPEZ.

La ubérrima arboleda del Prado, dejaba pasar, a través de la pomposidad esmeralda de sus copas, los hilos del sol que, pronto a ocultarse tras la ingente mole de la Catedral, dibujaba en la arena rojiza de los paseos solitarios, el caprichoso cambiante de los mil arabescos de un zócalo omeya.

Tiene el viejo paseo provinciano, con sus ringleras de copudos árboles y sus macizos de raquíticas flores, a esta hora de la tarde, en que el ambiente es rojo, de un rojo ígneo, una como rancia tristeza conventual y mística, en medio de su soledad melancólica.

Acaso no hubiera encontrado Luis Barreda un sitio para vivir como este, que mejor cuadre a su temperamento delicado, sencillo, sobrio, con esa tristeza romántica del recuerdo...

Franqueamos la entrada; en el patio, un angelote de ojos grandes y rubias melenas corretea en torno de las columnas, con esa delicadeza femenil de movimientos que Gautier creía ver en las columnas del patio de los leones de la Alhambra, y de las que decía que parecíanle «niñas jugando al corro».

Una doncella nos sale al paso.

—¿D. Luis?—interrogamos.

—Pase, le espera.

En este momento aparece en la puerta del despacho el poeta montañés, enclavada su arrogante figura de diplomático, en el marco, cual un retrato de Van Dick. Nos tiende una mano amistosamente y nos conduce a un asiento; y mientras él entreabre las ventanas que dan al paseo, nosotros procuramos grabar en nuestra memoria la impresión de aquella estancia tan española, con sus cuatro lienzos de muro repletos de libros, en ese desorden tan simpático del que acostumbramos a manejarlos. Coronando las sencillas estanterías hay cuadros en los que el tiempo ha puesto su pátina indeleble.

—Ese es de mi bisabuelo materno —nos dice, dirigiéndose a uno que representa a un cortesano de Fernando VII, con sus largas patillas, embutido en su casacón. Aquél otro es de la bisabuela de mi mujer.—Y nos indica el retrato de una dama cortesana.

—¿Esas armas?... interrogamos.

—Tienen el doble interés de ser antiguos y trofeos de antepasados.

—A ver, D. Luis, cuénteme V. algo de su reciente elección para ocupar un puesto en la Academia Española.

—He de advertirle, que no he sido nombrado todavía. Solamente propuesto.

—Bien, pero las propuestas en la Academia van siempre seguidas del nombramiento. Además, cuando salgan estas impresiones a luz pública, ya estará usted oficialmente nombrado.

—Es posible, sí; pero hay que hacer constar que todavía no lo soy.

Hay una breve pausa.

—¿Su afición a la literatura?

—Desde muy joven; nací en Santander, como usted sabe, y allí hice el bachillerato; estudié los primeros cursos de Derecho en Madrid y me licencié en Salamanca; empecé a escribir a los 19 años; mejor dicho, empecé a publicar a esa edad, en varios periódicos del Norte; después, a los 20 publiqué en «Nuevo Mundo» una poesía titulada «El Pandero», que después ha sido traducida a algunos idiomas; en el mismo periódico, aparecieron unas poesías con el título de «Canción del Norte», que son de las más reproducidas.

—¿Su primer libro?

—«El cancionero montañés», en 1898 que fué muy bien acogido por la crítica; de él se ocuparon primeramente, Pereda y Navarro Ledesma. Después, publiqué «Cántabras» del que hizo un estudio muy detenido y encomiástico la célebre escritora italiana Yolanda, en el «Gran Mundo» de Roma. Mas tarde apareció el «Valle del Norte», en 1911, con un prólogo de Ricardo León, y fué acaso el libro del que mas se ocupó la Prensa tanto española como americana, en aquél año. Entre los

que lo elogiaron se encuentran Menéndez y Pelayo, el gran poeta Juan Menéndez Pidal, Octavio Picón, Palacio Valdés y el poeta catalán Juan Margall.

—«Roto casi el navío», apareció en 1915 obteniendo igual favor.

Al llegar a este punto le interrumpimos.

—¿Se influenció V. en esta obra del divino maestro de la lírica, Fray Luis de León? A mi juicio, tiene V. en ella un cierto sabor suave, místico, una calma espiritual, una ataraxia que no logro encontrar mas que en «Noche serena» y en alguna otra obra del gran místico.

—No; mire V.; yo no me dejo influenciar por nadie, por ningún poeta, yo estudio a todos, por lo que para mí tiene de encanto la poesía; a Fray Luis lo he leído mucho, y desde luego le puedo decir que es de los que mas siento; y digo de los que mas porque para mí no hay lírica como la de Jorge Manrique en los comienzos de la literatura y Becquer en el siglo pasado. También me deleita Gabriel y Galán.



—A «Roto casi el navío», siguió?

—«La loa del Cardenal Cisneros», que publiqué en edición privada, en 1917, habiéndola recitado en las fiestas que con motivo del cuarto centenario de tan excelso patriota, se verificaron en la ciudad imperial. Al siguiente año se imprimió «Romancero de Carlos V» que no salió hasta el año 1919.

—¿Tiene V. algo preparado?

—Sí, un libro compuesto de varias poesías, sin título aun.

—Sus versos tienen mucho público—afirmamos.

—No estoy descontento. Una de mis lectoras más benévolas es S. M. la Reina D.^a Victoria, que conserva el autógrafo de la composición que a tan egregia señora dediqué, durante su estancia veraniega, en Santander. además, el «Romancero de Carlos V» está dedicado a

(Claro que el autor, de estas líneas, después, en conversación *extraoficial*, en compañía de algunos amigos, logró vislumbrar algún nombre, pero que me callo por que así lo prometí).

Y D. Luis sigue diciendo:

—Sin embargo, le puedo decir que cuento con muchos y leales amigos; me honré con la amistad de Pereda, claro que en el plano inferior que produce la veneración del talento y de los años; Menéndez y Pelayo también me distinguió.

—¿De los que viven?

—De los que viven, casi todos; pero con los que me une amistad grande son, S. Rueda, Ricardo León, Manuel de Sandóval, Villaespesa, Concha Espina, López de Haro, Francés, Muñoz Llorente, Cejador, Rodríguez Marín, Bonilla San Martín y algunos otros que ahora no



S. M. el Rey D. Alfonso XIII, el que en larga audiencia me felicitó cordialmente, cuando fui a ofrecerle el ejemplar que a él le destinaba.

—¿Ha ganado V. con sus libros?

—Mire V.; la parte económica en libros de versos y sobre todo en España, es casi nula; sin embargo, con alguno he ganado, poco, pero he ganado.

—¿Puede V. decirme algo de su ideario literario? ¿Sus preferidos?

Don Luis hace un gesto dubitativo.

—Esa parte es muy escabrosa; con mucha facilidad se omiten nombres, y se hieren, inconscientemente susceptibilidades; yo tengo muchos amigos que me distinguen y podría dar la casualidad de que la memoria me faltase. No, nombres de mis preferidos no le puedo dar.

recuerda la memoria. Aquí, en esta biblioteca tengo cerca,—puede ser que pase,—de 400 volúmenes, dedicados todos muy afectuosamente.

—¿Qué piensa V. de la poesía moderna?

—Que hay poetas muy buenos, verdaderamente buenos; que hoy la poesía se cultiva mucho y muy bien.

—¿En la dramática?

—Ahí puede V. decir que considero y creo que tenemos un dramaturgo como no lo encuentro en el siglo XIX; es Jacinto Benavente.

—¿No ha probado V. fortuna en el teatro?

—No,... digo sí; pero no quiero que diga nada pues lo único que hice fué en colaboración con X y no se si agradaría que lo dijera.

—¿Qué piensa V. de la literatura regional?

—Que nunca ha habido mas afición que ahora; los escritores manchegos han encontrado en VIDA MANCHEGA un sitio donde darse a conocer. Creo, sinceramente que esta revista es por su manera de presentarse, de las mejores que se editan en España. La Prensa diaria también parece que ha elevado el nivel medio de los que escriben.

Y ante la duda de apuntar las frases que anteceden, por lo que pudiera de parecer inmodestas, nos afirma:

—Si, es verdad, es indudable que se escribe bien y mucho.

—¿Y de cultura general en Ciudad Real?

—Aquí, el Ateneo podría hacer una buena labor y la hará, en cuanto sus fuerzas económicas se tonifiquen un poco. Según ha llegado a mis oídos la junta ha dirigido invitaciones a prohombres de la Ciencia, de las Letras y de las Artes que seguramente han de aceptar la tribuna. Ya verán como el programa se lleva a cabo si todos siguen las felices iniciativas de su presidente D. Cirilo del Río.

—En esto de Ateneos, yo no encuentro — quizá sea pasión de hijo de la tierra — labor como la que hace el Ateneo de Santander y sobre todo la Sociedad que allí se ha formado titulada «Menéndez y Pelayo»; esta tiene por objeto el aprovechar los ricos materiales que el sabio polígrafo dejó y difundir la obra del maestro. De ella forma parte entre otros D. Ramón Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, la Universidad de Pensilvania, Rodolfo Schevill, Fitz Maurice Kelly, Foulche Delbosc; además muchos catedráticos españoles y extranjeros, etcétera. Algunas de las fiestas que en ella se han dado, las ha presidido S. M. el Rey. A propósito de esto, le diré que Schevill, colaborador de Bonilla S. Martín, hizo un viaje desde América solo para dar una conferencia acerca de la labor de Menéndez y Pelayo.

—¿Qué momentos han sido los mas felices para V?

—Para mí, aquellos en que se reciben cartas inesperadas, de paises lejanos, de alguien que nos dice que se

ha conmovido leyendo nuestros libros. Recientemente recibí una carta de un poeta danés, en la que me decía que mientras hacía centinela en la línea frontera en su nación, había conocido mis versos; me escribió felicitándome y dándome las gracias por haberle proporcionado el deleite de leer mis libros.

—¿Qué cree V. del centralismo literario?

—Sinceramente no creo que sea necesario vivir en Madrid para triunfar y para hacerse un nombre; ello se consigue trabajando con fé, con constancia y con sinceridad. No creo que en Madrid se desprecie a nadie sistemáticamente.

En este momento entra en el despacho el pintor don Pedro Barragán.

—Dispensen, he venido a molestarles.

—No, de ninguna manera.

Y la conversación se desliza amena, entre algún comentario eutrapélico del Sr. Barragán el cual se ha grangeado nuestra simpatía, en las dos o tres veces que hemos tenido ocasión de hablar con él. Ya avanzada la hora nos despedimos del poeta y del pintor.

Véspero comienza a tender su leve sombra. En la calle y en el paseo el silencio augusto reina sobre todo, envolviéndolo en una paz monástica.

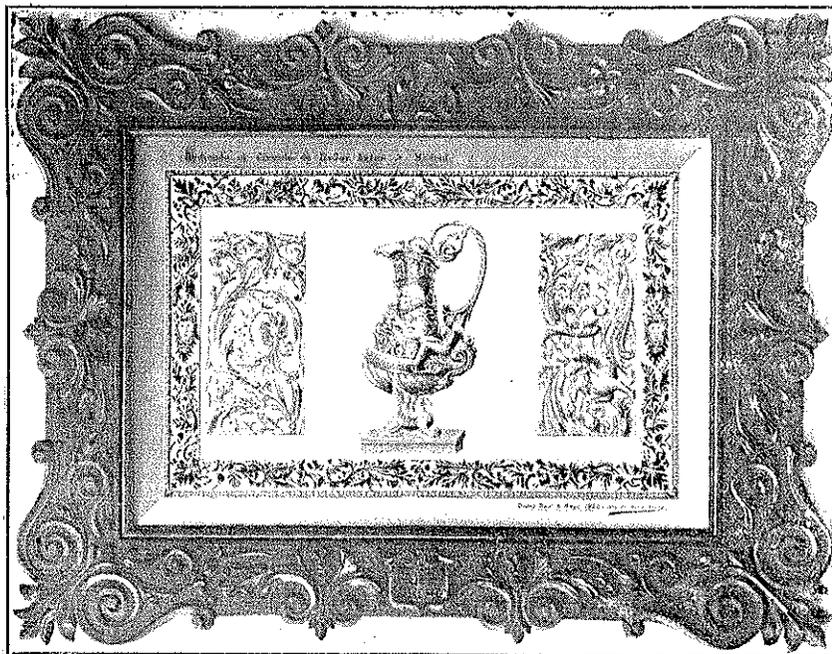
El trajín de la ciudad llega suavemente a nuestros oídos. Las flores en el viejo jardín se abren como una caricia prometedora... El vago frou frou de mil transpiraciones es como un lejano rizar de olas

El sol se ocultó ya y la aguja fina de la torre, con su cimborrio bizantino perfila su silueta en un fondo azul intenso, como un dibujo de Brunet.

El Angelus anuncia las sombras ..

Fots. G. Plaza.

ARTISTA PREMIADO



Dibujo a pluma original de Ruiz Arche premiado con medalla de plata por el Circulo de Bellas Artes de Madrid. Fot. Rubio.

En la reciente exposición de Bellas Artes nuestro compañero Ruiz Arche ha visto premiado su trabajo con medalla de plata.

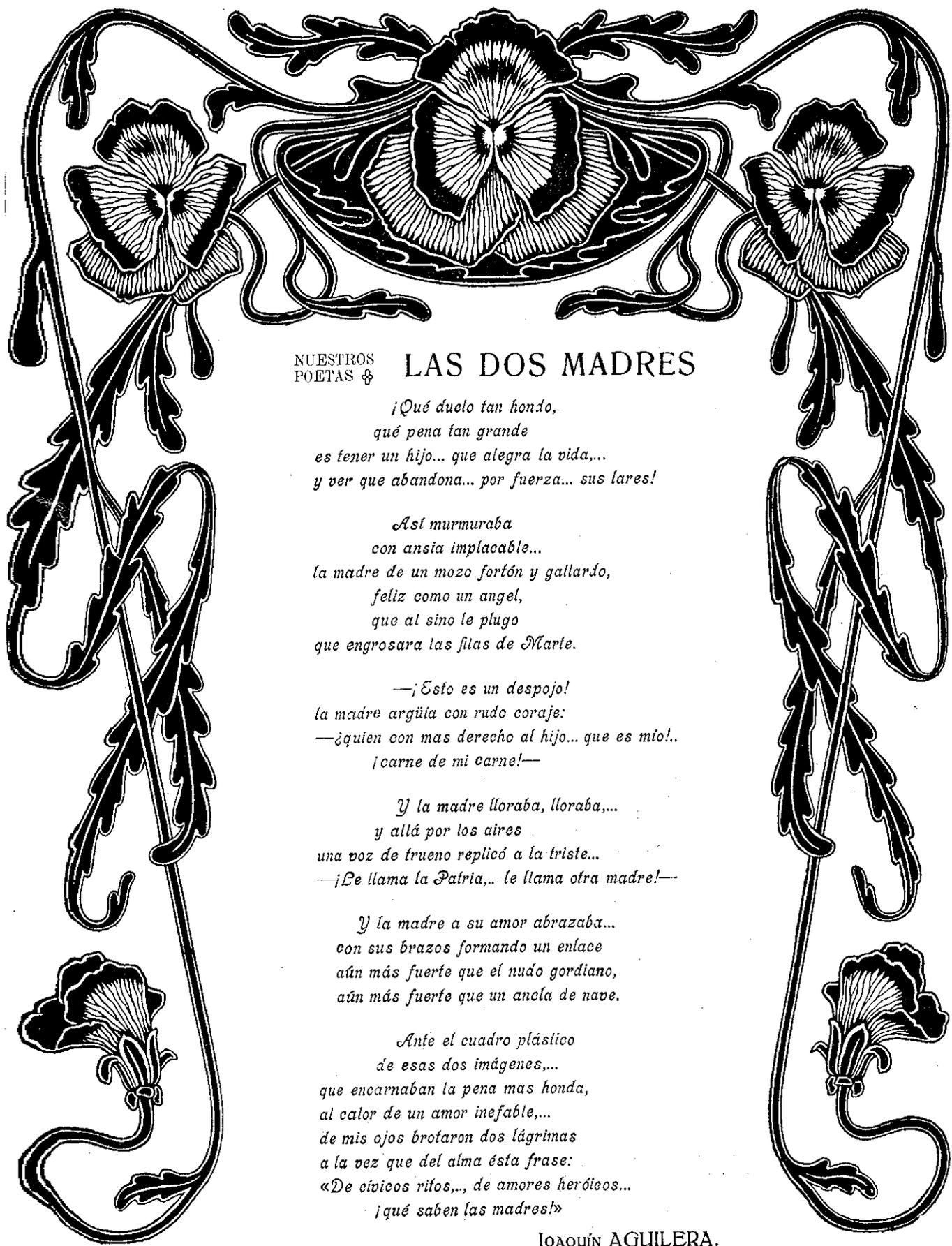
No nos sorprendió la noticia porque conocemos muy a fondo las cualidades artísticas que adornan al querido amigo Arche.

Tratase el trabajo premiado, del cual acompañamos una vista, de un dibujo concienzudo a pluma, rodeado de un artístico marco tallado.

El Jurado calificador, en oficio al artista, le dedica sinceras y alentadoras frases, y le concede la anteriormente dicha medalla de plata.

Nosotros lo celebramos como un triunfo propio, porque Arche en esta casa es donde base dado a conocer primeramente al público.





NUESTROS
POETAS ❖

LAS DOS MADRES

*¡Qué duelo tan hondo,
qué pena tan grande
es tener un hijo... que alegra la vida...
y ver que abandona... por fuerza... sus lares!*

*Así murmuraba
con ansia implacable...
la madre de un mozo fortón y gallardo,
feliz como un ángel,
que al sino le plugo
que engrosara las filas de Marte.*

*—¡Esto es un despojo!
la madre argüía con rudo coraje:
—¿quien con más derecho al hijo... que es mío!..
¡carne de mi carne!—*

*Y la madre lloraba, lloraba,...
y allá por los aires
una voz de trueno replicó a la triste...
—¡Le llama la Patria,... le llama otra madre!—*

*Y la madre a su amor abrazaba...
con sus brazos formando un enlace
aún más fuerte que el nudo gordiano,
aún más fuerte que un ancla de nave.*

*Ante el cuadro plástico
de esas dos imágenes,...
que encarnaban la pena más honda,
al calor de un amor inefable,...
de mis ojos brotaron dos lágrimas
a la vez que del alma ésta frase:
«De cívicos ritos,... de amores heroicos...
¡qué saben las madres!»*

JOAQUÍN AGUILERA.



Para mi hermano espiritual
 Paco Adán

Habíanse conocido en los comienzos de su azarosa carrera artística. En una compañía de mala muerte que recorría las provincias cosechando el humilde agosto de unas míseras ganancias, habían debutado los dos, como primeras figuras, repitiéndose mil veces las mismas frases de amor, luchando valientemente contra la vida, defendiéndose de la miseria que acecha constantemente con su escuálida figura, los macilentos tipos de la farándula callejera.

Lucía tenía apenas veintiun años, Pablo veinticinco. Enamorados de su arte, espíritus románticos,—con ese romanticismo alegre del comienzo de la vida—hermanados en lucha común contra el empresario—bestia feroz que explotaba sin corazón sus cualidades de novel-comediantes—su vida se encontraba unida por las circunstancias, con el doble remache de una sincera amistad y de un afecto no definido aun en sus corazones.

La vida de la escena que subyuga tanto, que tantas veces hace creerse a los actores protagonistas en la realidad de las ficciones dramáticas, hacia que Pablo y Lucía, a fuerza de repetirse una y mil veces ante las candilejas un amor cubierto de ajenas galas, se comportasen en la vida privada, como eternos protagonistas de una comedia de amor.

Ninguna promesa existía entre ellos, ningún vínculo de cariño declarado los unía y sin embargo, ante la masa anónima de la modesta compañía de provincias, Lucía y Pablo pasaban como enamorados prometidos.

Jamás se habían atrevido a sondear sus sentimientos; quizá gozaba más su alma con aquél cariño guardado en lo más hondo de los corazones. Nada hay más grato para el espíritu que la avaricia de los sentimientos.

La compañía había debutado en el pueblo de X, se representaba una obra de nuestro teatro clásico, y Lucía tras de recitar asombrosamente su papel, se preparaba en su cuarto a vestir su modesta ropa de calle.

Sonaron unos golpes discretamente dados en la puerta del chiribitil pomposamente llamado camerino, y el botones del Teatro penetró llevando un magnífico ramo de flores.

Lucía creyó volverse loca de alegría.

Era el primer triunfo que había merecido algo más que vítores y aplausos, era la primera ofrenda de flores que recibía de un público entusiasmado con su labor.

El ramo tenía una tarjeta y Lucía nerviosamente pasó su vista por la cartulina... Alberto González Bravo, leyó dos o tres veces, y quedó suspensa no sabiendo como corresponder a aquél homenaje de su primer admirador.

—¿Pasa?—preguntó tras de un corto silencio el botones.

—¡Sí, sí, que pase!—exclamó Lucía, no sabiendo a ciencia cierta lo que contestaba.

Tras de un momento de espera, la puerta se abrió nuevamente dejando pasar un tipo vulgar, un hombre ceremonioso, rechoncho y calvo, con un centelleo de brillantes en los dedos y un voluminoso abdomen de burgués, que se deshizo en mil elogios y cumplidos a los cuales contestó Lucía nerviosa y azarada...

—Lo que usted necesita—exclamó el recién venido ya pasados los primeros instantes—es un protector que pueda colocar sus excelentes condiciones para la esce-

na, en lugar apropiado para el triunfo definitivo. ¿No le ha halagado nunca la idea de trabajar en un Teatro de la Corte?..

—¡Oh!..—exclamó Lucía poniendo en esta exclamación todas sus ansias.—¡La Corte; ya lo creo que me gustaría!..

—Pues no es el que lleva usted el mejor camino para lograrlo. Se equivoca si piensa que todas estas campañas de provincia han de servirle de ejecutoria para lograrlo. Allí se triunfa con un golpe de audacia. Su gloria futura depende exclusivamente de una buena recomendación y una noche afortunada.

—¿Usted pertenece al teatro?—preguntó Lucía ingenuamente.

—Al teatro precisamente no, pero he pasado mi vida entre artistas del género y sé a que atenerme en mis apreciaciones. Yo soy amigo de todos los empresarios de la Corte, me tuteo con todas las glorias de nuestra escena...

Los ojos de Lucía se abrieron desmesuradamente; ante ellos cruzó fantasmagórica la imagen—tal vez un tanto barriguda—de un semi-dios mitológico.

—...y puedo decirle—prosiguió el hombrecillo calvo—que de usted habilmente manejada se conseguirá hacer una famosa artista. Únicamente le falta a usted quien la dé el empuje necesario para subir.

—Usted me confunde con sus elogios. Yo interpreto mis papeles medianamente porque los siento bien pero nada más.

—La modestia—contestó el hombrecillo con tono petulante—únicamente les va mal a los artistas. No crea usted que mis palabras son una galanteria inútil. Tenga usted ambiciones y yo haré que esas ambiciones se conviertan pronto en realidad. La he dicho que son amigos míos todos los empresarios de la Corte, y solo espero una palabra de usted para que mis predicciones se cumplan. A la Corte enseguida; allí está el triunfo y la gloria verdadera...

La escena de aquella noche se repitió en las noches sucesivas, hasta la última de la corta actuación de la compañía en el pueblo de X... Todas las noches el botones llevaba al cuarto de Lucía el magnífico ramo de flores, y todas las noches el hombre barrigudo en cuyas manos espejeaban los brillantes, en cuya cabeza relucía la atrevida calva, pasaba cerca de hora y media en amable coloquio con Lucía...

La noticia cayó como una bomba en la modesta compañía de la legua. Lucía, la primera actriz, la indispensable, la que en aquella reunión de cómicos en que la emulación no era todavía envidia, y en que los desniveles de categoría se terraplenaban con una buena amistad, era como una hermana de todos, abandonaba la compañía. Había comunicado su resolución al director artístico de toda aquella grey, cuando este se encontraba sudoroso y fatigado, apretando las cuerdas de un baúl del común equipaje.

En todas las caras se pintó el estupor, y en la de Pablo algo más que eso todavía, el desaliento: aquél primer triunfo de Lucía era para él, el único, el primer fracaso de su vida bohemia.

No quiso Lucía separarse de sus compañeros, sin tener una conversación íntima con Pablo. Con parecerle muy natural aquella separación, sentía algo así como remordimiento de dejar un afecto impreciso en su co-

razón. Afrontó la escena con valentía, y aquella noche de despedida en que los compañeros dormitaban esperando el tren en la destartalada fonda de la estación férrea, ella fué la primera que, sola con Pablo, paseando en el andén, abordó la cuestión.

—Supongo que esta resolución que he tomado,—comenzó diciendo—no será muy de tu gusto...

—¿Porqué? Sería necio en mí, y además cruel oponerme a tu conveniencia,—objetó él.

—No dices lo que sientes.

—¡Acaso! Pero digo lo que me dicta mi deber.

—Eres injusto,—murmuró ella—he querido hablarte porque me daba mucha pena marchar sin rendir este tributo a nuestra buena amistad.

—¿Nada más que amistad Lucía?..

—Amistad nada más. ¿Porqué me dices eso?

—Porque tu sabes que te quiero, porque yo he leído en tus ojos muchas veces que me quieres también, porque nunca pude sospechar que al primer espejuelo que se pusiera en tu camino, ibas a olvidar tan prontamente esta gloria efectiva de nuestro cariño, por una gloria presunta que, sabe Dios cuantas humillaciones y cuantas lágrimas te va a costar...

—¡Bah!.. Tu deliras Pablo. Yo siento mucho la separación, pero ningún compromiso nos une. Si hubieras sido tu el agraciado hubiera sido yo la primera en alegrarme de tu dicha... Además ¡a qué hablar de amor entre nosotros! Nosotros no podemos sentir el amor que dicen que sienten los demás mortales; ese amor que hemos fingido mil veces en mil comedias. Para nosotros el amor no debe ser yugo que ata, ¡tendríamos que renunciar entonces a ser nosotros mismos!.. ¡Amor, bah!.. ¿quién piensa en eso?.. Nuestro único amor debe ser la gloria y a ella debemos sacrificar todas las cosas.

—¿Incluso el amor verdadero?..

—¿Incluso él! mejor dicho, apoyándonos en él como escalón para subir arriba.

—Tu no sabes lo que dices Lucía. Algún genio del mal te ha cambiado durante nuestra permanencia en este pueblo.

—Genio del mal precisamente no; genio del interés.

—Pero es monstruoso lo que estás diciendo.

—¿Porqué?.. En nuestra vida nos trazamos un objetivo y debemos prescindir, por inútil o perjudicial, de todo cuanto pueda oponerse a su consecución.

—Hay cosas de que no se puede prescindir en la vida y una de ellas es el amor precisamente.

—¿Y quien te ha dicho que piense yo prescindir de él? De lo que debemos apartarnos es de los amores que nos encadenan en la vida. El amor es el mayor placer, es la alegría del Universo y no debemos cambiarlo en un motivo de dolor. El Amor es la fecundidad y en su nombre no tenemos derecho a hacer estéril nuestra vida. No; yo no quiero prescindir del Amor, lo que quiero es sencillamente hacerlo esclavo de mi voluntad.

—¡Feliz tu que así dispones tan libremente del corazón!..

—Es una felicidad la mía que está al alcance de todas las fortunas. Ten voluntad y serás tan feliz como yo.

—¿Y tu eres positivamente feliz?

—Intento serlo cuando menos.

—¿Y sería indiscreto preguntarte si yo era una de esas cosas que remotamente se pudieran oponer a tu felicidad?

—Siendo como eres indudablemente. La vida no se puede tomar en trágico; eso queda para los dramas de capa y espada que tantas veces hemos representado juntos. Y tu tienes ese defecto.

—No tienes corazón.

—Vuelvo a repetirte que eres injusto conmigo.

—Pero es que yo te amo, te adoro con todas las potencias de mi espíritu... ¿No tendré derecho siquiera a preguntarte qué lugar ocupo en tu corazón?..

—No seas niño. Aunque yo te amara,—cosa de la cual no estoy cierta—ya te he dicho que tu no puedes ser otra cosa que un buen amigo mío. Nuestro amor sería estéril para nuestras vidas, y no nos debemos sacrificar por él... Además, le estamos dando a esta despedida un tono lúgubre de cosa eterna y nada existe eterno en la vida humana... Ya nos volveremos a encontrar por el mundo...

Quedó en silencio Pablo. El tren entró en agujas rodeado de nubes de vapor. Subió la farándula a los wagones y con ella Pablo, sintiendo que algo allá dentro se rompía con doloroso estruendo en él.

—¡Que seas muy feliz!—tuvo aun fuerza para exclamar cuando ya el tren en marcha hacía resonar con estruendo las planchas giratorias, y aun tuvo tiempo para adivinar en la penumbra de la estación que se alejaba, la silueta amada agitando un blanco pañuelo, y a su lado la figurilla barriguda de aquel señor en cuyas manos espejeaban los brillantes como un sarcasmo al dolor de su vida.

En el gran coliseo de la Corte había solemnidad tea



tral. Dos estrenos acuciaban la curiosidad del público: la obra de un autor excelso,—venerable maestro de la escena—y un nuevo actor, Pablo de Torres, que tras de una vida absurda había logrado triunfar definitivamente.

Se esperaban cosas magníficas de la obra y de los intérpretes, y el público había agotado por completo las localidades del Teatro.

Lucía, la aplaudida actriz ya conocida del público, tendría motivo para lucir una vez más sus inimitables facultades, y el telón se levantó solemne entre murmullos cohibidos y siseos de expectación.

Era la obra un drama muy humano y los actores encarnaban a las mil maravillas sus papeles. Una mujer quería a un hombre, sentía por él una innegable simpatía. Hubiera sido cariño aquello si la mujer banal y frívola en el fondo, hubiera tenido un poco más de corazón, hubiera sabido desposarse de sus mezquinos egoísmos en aras de una pasión santa y noble.

Era el hombre un infatigable luchador y contaba con aquella pasión como acicate de su triunfo. Con sus honradas manos ofrecía a aquella mujer un porvenir de dicha a base de un trabajo asiduo, pero era empinada la cuesta, había abrojos en el camino, y la mujer - co-

barde en el fondo—espoleando la pasión del hombre honrado, no se atrevía a subir.

Era más fácil emprender la tortuosa vereda llena de bajezas, de vicios, de brillos superficiales y la mujer claudicaba, claudicaba, sumiendo en la desesperación al hombre que verdaderamente la amó.

Protagonistas en escena de sus propias vida, Lucía y Pablo habían tropezado con su obra: la representación era un acabado verismo, una copia fiel de la realidad.

Llegó la última escena; los celos, el furor, la desesperación sumen en la locura al infeliz amante que, ciego, impulsivo, criminal, hunde un cuchillo en el pecho de la mujer cruel que había destrozado su vida...

Y al levantarse solemnemente el telón entre la estruendosa aclamación del público, Lucía, inerte en medio de la escena, manchaba con su sangre sus blancas vestiduras: Pablo anonado, lelo, escuchaba con aire ensimismado de locura los vítores y aplausos por aquello que era su último triunfo.

Ilustración de P. Barragán.

INFANTES

TRASLADO DE LOS RESTOS DEL INMORTAL QUEVEDO



Caja que contieno los restos presentados sobre la mesa

Fot. A. Bustos.

Por iniciativa del Sr. Alcalde D. Santiago Navarro y Rodríguez y el señor cura párroco D. Eduardo Medina y Gutiérrez, el día 14 de Junio de 1920, se verificaron con toda solemnidad y pompa en la Iglesia parroquial de San Andrés, los funerales por el alma del inmortal escritor y poeta, gloria de la literatura española, Don Francisco de Quevedo y Villegas.

Los restos fueron depositados en la ermita del Calvario, (a la derecha del Santo Sepulcro), en una caja de madera forrada de veludillo negro con un galón de plata asistiendo al acto todas las autoridades, tanto civiles como militares y eclesiásticas y el pueblo en masa, colocando una lápida conmemorativa y terminando la ceremonia con un solemne responso.



El antiguo dueño del Hotel Pizarroso, D. Diego Pizarroso, y su familia, acompañado de los periodistas que asistieron al banquete con que aquél los obsequió, con motivo del traspaso de su Hotel.

Traspaso del Gran Hotel Pizarroso

El domingo último a la una y media de la mañana, se celebró en el Hotel Pizarroso un almuerzo íntimo en el que los Sres. Pizarroso hicieron la presentación a distinguidas personalidades de Ciudad Real, de sus sucesores en el negocio, Sres. Barrena, de las provincias vascongadas.

A la mesa espléndidamente servida se sentaron don Diego Pizarroso, señora e hijo Dieguito, querido amigo nuestro; señora de Rico, D.^a Sebastiana Navarro; Sr. Barrena y señora, nuevos propietarios del Hotel; D. Felipe Dorado; D. Francisco Morayta; D. Julián Borrilla; D. José Balcázar; D. Tomás Martínez; D. Armando Alcantud; D. Joaquín Rico; D. José Recio, director de *La Tribuna*; D. Federico Cárdenas; D. José Miguel Hernández Loeches y D. Francisco Colás, de VIDA MANCHEGA.

El almuerzo confirmó una vez más, las de sobra sabidas inmejorables condiciones y sólida reputación que en España entera goza el «Gran Hotel Pizarroso», consistiendo en Entremeses variados, Timbal de huevos Parisien, Ternera a la Financiere, Chuletas de cordero a la Besamel, Langostinos a la Mayonesa, Pollo asado a la Broche, Ensalada, Jamón en dulce, Huevos hilados, Helado de crema Guirlache y postres diversos.

Verdaderamente memorable fué el día del domingo para nuestros paisanos y amigos Sres. Pizarroso, de despedida definitiva del negocio que por ellos creado es algo inseparable de su vida.

Tuvimos el gusto de estrechar la mano y conversar

con el Sr. Barrena, hombre joven, lleno de optimismos, sólidamente preparado para esta clase de negocios en una larga práctica al frente de Hoteles de primer orden en las provincias del norte, y no dudamos que de sus entusiasmos y pericia ha de sacar partido para hacer del Hotel Pizarroso, donde ya encuentra la base primordial de un sólido crédito, un establecimiento moderno que honre a nuestra capital, aun mas de lo que la honra en la actualidad.



Don Pedro Piedra

Nuevo médico

Nuestro querido amigo, el ilustrado joven de esta capital don Pedro Sánchez Piedra, ha visto coronados sus esfuerzos con el título de Licenciado en Medicina, que recientemente acaba de obtener en la Facultad de Zaragoza, donde cursó brillantemente sus estudios.

Le damos nuestra cumplida enhorabuena y le deseamos un porvenir brillante en la difícil ciencia de Galeno.

RETABLILLO

NOTAS DE LA REGIÓN. SUCESOS.—INFORMACIONES.—NOTICIAS

Nueva profesora

Ha llegado de Málaga donde ha terminado la carrera de profesora de música después de brillantes ejercicios la distinguida señorita de esta localidad D.^a Concepción Fernández Caba.

Esta docta profesora se dedicará a la enseñanza de la música y piano en su domicilio, calle Cervantes (antes Feria) número 5, como en el de sus alumnas.

Reciba tan simpática señorita nuestra mas cordial bienvenida y sincera enhorabuena por los triunfos obtenidos y por los que obtendrá en la enseñanza de su profesión.

Un nuevo libro

Recientemente ha editado la casa Pueyo, con su acostumbrado buen gusto, un libro titulado *Perico*. «Novela de un niño ególatra, en cien capítulos», del cual es autor el culto escritor toledano D. Pedro Morante.

Sinceramente hemos de decir que nuestro espíritu se siente profundamente satisfecho cada vez que aparece un libro de autor manchego, y mas cuando ese libro es tan interesante, tan sólidamente escrito como lo está *Perico*.

Es sencillamente un maravilloso estudio psicológico, en donde acaso la misma psicología envuelve demasiado la acción. Es verdad que su autor ha despreciado todo lo exterior, todo lo que es efecto de galería, para dejar paso a su profundo conocimiento del alma infantil, que muestra en sus cien capítulos es decir, en sus cien diálogos. Ha despreciado el interés de la acción porque el interés filosófico se basta y se sobra para entretener, más aun, para deleitar el espíritu de los lectores.

Nosotros con la lectura de ese pequeño gran libro, hemos pasado un par de horas ajenas a todo lo que nos rodeaba admirando, mas que nada, mas que el mismo pensamiento general que encierra la obra, ese estilo tan sobrio, tan castellano, que ha puesto el Sr. Morante en su obra. Esto en cuanto al estilo.

Respecto al fondo hemos de decirle que en algunos momentos nos ha hecho evocar esa mágica rebeldía que encontramos en el gran Pío Baroja.

¡Acaso el Sr. Morante sea un influenciado, un discípulo muy aventajado del escritor vasco!

Con decirle esto creemos haberle dicho sinceramente lo que pensamos de su obra, que seguramente ha de llevar a su autor al lugar que debe ocupar una persona tan culta como el Sr. Morante.

Nosotros así lo deseamos, por él, y por la región manchega.

Toledo

Al decir de la Prensa de la imperial ciudad, ha constituido un nuevo éxito para la colonia valenciana que reside en Toledo, la fiesta organizada y celebrada en honor de la Virgen de los Desamparados y de San Vicente Ferrer, patronos de la hermosa ciudad del Turia, a cuya solemnidad y brillantez ha coadyuvado el vecindario toledano con espíritu de fraternidad digno de su franca hidalguía y condición hospitalaria.

Entre otros actos, se celebraron: funciones religiosas en la iglesia de Santo Domingo el Real; traca valenciana en la plaza del precitado templo y velada artístico-dramática en el Teatro de Rojas, terminando con la presentación de un hermoso cuadro plástico valenciano,

formado por jóvenes de la colonia, vestidos con la típica indumentaria de su país.

Otra fiesta muy grata, muy española y muy patriótica ha tenido lugar en Toledo recientemente: Nos referimos a la solemnidad militar con motivo de depositar en el Museo del Arma de Infantería la vieja y gloriosa bandera del Regimiento «Inmemorial del Rey», del que es cabo el Príncipe de Asturias.

Grandiosos fueron los actos celebrados en tan brillante fiesta militar, avalorada con la presencia y actuación del Rey D. Alfonso y su brillante séquito de altos jefes y generales del Ejército, entre los que figuraba el capitán general de la Región nuestro ilustre paisano don Francisco Aguilera, honra de la Mancha y aguerrido soldado español.

Toledo ha subrayado esta fiesta de arraigado y fervoroso españolismo, con la explosión de su entusiasmo y sus clamorosos vítores, forjados al calor de la noble y enardeciente idea de la Patria.

Boda

Contrajeron matrimonio en Pozuelo de Calatrava, D. Carmelo Gómez y la señorita Felisa Calle, de distinguidas familias de aquella localidad a quienes deseamos que tan indisoluble lazo proporcione dichas sin cuenta.

Cuenca

Recientemente ha sido inaugurado en Cuenca el «Banco zaragozano de Cuenca», entidad bancaria que ha comenzado a funcionar con éxito, iniciándose desde el primer momento una marcha progresiva en las operaciones; pues acuden a dicho centro numerosas personalidades de la industria y el comercio, atraídas por los beneficiosos estatutos y las garantías que ofrece a los operadores.

La cartera de ese nuevo Banco la integran diversidad de valores y créditos nacionales; y juzgar por las condiciones con que opera, viene a llenar esa entidad bancaria un gran vacío que allí se dejaba sentir y que ha de redundar en beneficio del desarrollo de negocios industriales, desterrando al mismo tiempo los préstamos usurarios.

En primoroso tarjetón alegórico nos comunican desde Pedroñeras (Cuenca) nuestro amigo D. Florencio Díaz Izquierdo y su distinguida esposa D.^a Carmen Rubio, la venida al mundo de su primogénita María Teresa.

Explicando un comentario

Hasta nosotros ha llegado la noticia de la molestia de la Junta de la Sociedad Casino de Ciudad Real contra esta Revista por motivo de los comentarios de censura que en nuestro último número le dirigíamos con motivo de pretendidas desconsideraciones de que fué objeto por parte de dicha Junta, la joven artista Angelina D'Artés.

Convencidos por las explicaciones de miembros de la susodicha Junta, de la inexactitud de nuestras noticias, gustosos nos prestamos a una rectificación, haciendo constar que los hechos que nos indujeron a fundamentar nuestra censura, fueron la declaración por parte de la artista de que hubiese un contrato—siquiera fuese verbal—que estipulase en cantidad determinada alguna el precio del concierto.

DE NUESTROS COLABORADORES

INTERESES ESTÉTICOS

LA IGLESIA DE SANTIAGO

Hace varios meses que «Buena Intención» hizo en este periódico un llamamiento loable. Tratábase de algo a favor del templo de Santiago en Ciudad-Real, uno de los más admirables de la provincia, alabado por el cultísimo Ramírez de Arellano en sus «Antiguallas Manchegas».

Supongo que a estas horas, la famosa Iglesia se habrá bellamente restaurada. Sobre todo, su magnífico techo mudéjar, estará libre de aquellas bóvedas absurdas que lo ocultaban a la general admiración. Así es de creer, dada la cultura artística ahí y la pericia de mi docto compañero el Ilmo. Sr. Delegado Regio Bellas Artes de esa provincia.

En aquel artículo de *Buena Intención* se hacía un llamamiento a «los amantes de Dios, del arte y de Ciudad-Real» y, como nosotros tenemos muy hondos esos tres amores, permitánsenos unas palabras, en recuerdo de cierta visita al templo de Santiago, que hicimos hace ya varios lustros.

Ibamos en compañía de algunos intelectuales de esa capital, enamorados también de cuanto significa belleza y arte. La plaza solitaria en que se yergue la Iglesia, ofrecía ese aspecto silencioso y melancólico característico de los viejos rincones manchegos, no obstante ser mediodía y alumbrarla un sol radiante.

Entramos: una quietud severa y fuerte, nos lleva las evocaciones de siglos pretéritos al espíritu. Era aquello un mundo aparte, quieto, en medio de la marcha de la vida. La luz, amortiguada al penetrar por los altos y estrechos ventanales, daba al interior una melancolía convencional, que resulta para nosotros inconfundible e inolvidable.

DIETARIO SENTIMENTAL

LA ÚLTIMA CARTA...

«Nati, queridísima Nati: Habrás de perdonarme. Hoy comprendo el daño cruel que te inferí, durante el tiempo, que te hice creer en un amor que acaso no sentía, porque mi corazón, mi alma toda, la creía ya de otra mujer.

Eres injusta conmigo, aunque comprendo tu desesperación, pero nunca creí que llegaras a enamorarte por lo cual nunca estuve de tí enamorado. Te consideré como a una de tantas modistillas de la Corte, es decir, creí, que nuestras relaciones, no tenían otro fin, que el de pasarlo lo mejor posible ambos, y, que, una vez terminada mi carrera nos separaríamos «para siempre», con unas lágrimas, por que yo, aunque parezca cruel, como me dices en tu última carta, sabes que en el fondo soy un sentimental.

Bien es verdad, querida Nati, que ni un momento pensé en tus pocos años, y que nunca aprecié tu romanticismo, acaso por padecerlo yo también. Pero... he de decirte, que mi equivocación ha sido enorme, porque ahora, ya lejos de tí, es cuando he comprendido, lo mucho que te amaba.

¡Si pudieras comprender con cuanto cariño, recuerdo de sacrificar todo mi ideal, para casarme, enamorado tan solo de la belleza física, existiendo en tí, en grado superlativo la belleza moral, espiritual, tan grandiosa y sublime?...

Y nada más... Espera, que pasados unos días, cuando do, en estos momentos, los cuatro años de nuestro no-

Subimos a lo mas alto, para ver bajo la cubierta a dos aguas el viejo techo del siglo XIV. La madera, a trozos destruida, ofrecía un aspecto desconsolador. Resultaba difícil moverse por sobre el maderamen informe, poniendo los pies en las vigas recubiertas por el polvo de los siglos. La parte que mejor se conservaba no podía ser vista, porque la escasa luz de los ventanucos apenas lo permitía.

Descendimos, luego, con el alma un poco dolorida ante aquel abandono. No comprendíamos que se hubiesen gastado cantidades respetables en ocultar lo más bello del templo con unas bóvedas anodinas, carentes de toda elegancia y espiritualidad. No comprendíamos tampoco que aun estuviese sin descubrir el admirable techo, por insidia indisculpable, ya que apenas necesitábase para ello unos ínfimos recursos económicos. La verdad, salimos de la Iglesia de Santiago confusos y llenos de estas tristes perplejidades...

Han pasado varios años. Gentes enamoradas de lo bello y de lo bueno comprendieron que debían restaurarse nuestras joyas artificias, y laboran para conseguirlas. Entre los que mas, se ha distinguido un escritor tan joven, animoso y culto como *Buena Intención*, a quien me permito felicitar efusivamente, animándole para seguir en la patriótica campaña emprendida.

Creo que tras el vigoroso esfuerzo se habrá conseguido mucho. Sigamos la obra, sin que nos detengan las frialdades estériles del ambiente. ¡No olvidemos los amantes de Dios, del arte y de Ciudad Real, que salvando del olvido y de la ruina nuestros tesoros estéticos, rendimos el mejor tributo y la mas delicada ofrenda a esos tres ínfimos amores de nuestras almas!..

José M.^a LOZANO,

Delegado Regio de Bellas Artes de la provincia de Albacete

viazgo! ¡Ahora, nena mía, es cuando comprendo lo que tu has hecho por mí en ese lapso de tiempo! Mas espera... hay algo en tu carta que me ofende, y conviene que recuerdes que siempre obré contigo como un caballero y si bien es verdad que obré así, porque eras una mujer honrada, no olvides que muchas veces, cuando mi palabrería mundana caía a torrentes sobre tus oídos, y tus ojos negros se nublaban de lágrimas, lágrimas que yo a besos hacía desaparecer de tus mejillas, no olvides, que en esos momentos me hubiera sido muy fácil hacerte mía, mas siempre me detuve porque jamás pensé ser de tí... hasta hoy que comprendo que nos amamos con locura, con frenesí...

Si queridísima Nati, hoy, en esta noche en que una horrible tormenta parece acabar con la Naturaleza, he resuelto hacerte mi esposa. Y no creas que es una ofuscación, producida por mi borrachera de romanticismo, no. Sé comprendo el escándalo que con mi resolución voy a dar en este pueblecito, donde estaba para casarme ¿pero qué importa? Cúmplase el ideal ¿verdad?

¿Había yo de sacrificar mi ideal, y toda una vida, de soñador, para casarme con una mujer de pueblo, bellísima y honrada, eso sí, pero al fin educada en las costumbres y convencionalismos de los pueblos? ¿Había tus bellos ojos, fatigados por la labor del día, busquen reposo mirando hacia la calle, por ella verás cruzar al bohemio del sombrero de anchas alas que va hacerte su esposa...—Tu Juan José.»

Por la copia,

AGUSTÍN SÁNCHEZ DE LA NIETA.

Ciudad Real: Imp. de VIDA MANCHEGA

¡AGRICULTORES!

NO COMPRAR

ABONOS

Sin solicitar precios de la

Sociedad Minera

DE

Peñarroya

SULFATO DE COBRE
NITRATO DE SOSA
SULFATO DE AMONIACO

DIRECCIÓN

Sociedad M. y M. de Peñarroya
Plaza de Cánovas, 4. MADRID
Correspondencia: Apartado. 314
Telegramas: POBBUX Teléfono. 3410

Agencia y depósito en Ciudad Real: Alarcos. 21



¡Todo el que trabaja!
¡Todo el que comercial!
¡Todo el que tiene rentas!
Debe poseer una Libreta
DE LA
CAJA DE AHORROS
DE
El Crédito Manchego
que es la primera entidad
Bancaria que orientó sus
negocios para que la pro-
vincia posea una Caja de Ahor-
ros con las mayores ventajas

OFICINAS:
Caballeros, 4 - **CIUDAD-REAL**

HORAS DE DESECHO:
De diez a una y de cuatro a seis

Corresponsales en todos
los pueblos de la provincia

Pídase en las oficinas las hojas de condicio-
nes y premios de nuestras libretas de ahorro



LA CATALANA

IMPORTANTE SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Fundada en 1886 y acordada su inscripción en
el Registro de Empresas autorizadas por R. O.
del Ministerio de Fomento, fecha 8 de Julio
de 1909

SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y
EXPLOSIONES DE TODAS CLASES
CONTRA LA PÉRDIDA DE ALQUI-
LERES, RIESGO LOCATIVO, DE RE-
CURSOS Y PARALIZACIÓN DE TRA-
BAJO A CAUSA DE INCENDIOS

SEGUROS DE COSECHAS

COMISIONADO PRINCIPAL
EN LA PROVINCIA DE CIUDAD-REAL

ENRIQUE PEREZ PASTOR

FÁBRICA DE SUPERFOSFATOS

ABONOS

**Lisardo Sánchez
y Hermano**

ÚNICA EN ESTA REGION
MONTADA CON MAQUINA-
RIA MODERNA Y TODOS
LOS ADELANTOS EN LA
INDUSTRIA

Fórmulas de abonos, consultas y análisis
de tierras gratis, por personal técnico
de la casa